

1. La levadura y la barca

Durante el Curso de Formación Monástica de este año meditaremos juntos sobre el tema de la misericordia, tratando de dejarnos acompañar por san Benito en una comprensión de este misterio que nos ayude a vivirlo, a tener experiencia de él. Es cierto que el Año Santo de la Misericordia nos impulsa a esto, pero no debemos profundizar en la misericordia solo porque este año está dedicado a ella, sino porque esta profundización es vital para nosotros. Y estoy seguro que este tema nos ayudará también a entender más profundamente a san Benito, su carisma, y, por tanto, a vivir con mayor conciencia y decisión nuestra vocación.

Quisiera también que estas meditaciones no se separen de la tarea de este Curso de Formación Monástica. El Capítulo de la mañana no debe limitarse a ser un gesto devocional, formal, teórico, porque esto no sirve para la vida, lo mismo que el Curso entero, si no os sirve para vivir con mayor conciencia e intensidad, es un tiempo perdido. Solo sirve para la vida aquello que nos permite hacer un camino, avanzar en la “*conversatio morum*” que san Benito nos hace prometer en el momento de la Profesión, junto con la estabilidad y la obediencia (RB 58,17). Sabemos que “*conversatio morum*” no se traduce simplemente por “conversión de costumbres”, sino que implica la idea de un camino comunitario de vida que permita una transformación de nosotros mismos a partir de nuestro corazón.

Está bien recordar cómo san Benito concibe la enseñanza del abad y, por lo tanto, la formación que los monjes y las monjas deben siempre recibir: “Por tanto, el abad no ha de enseñar, establecer o mandar cosa alguna que se desvíe de los preceptos del Señor, sino que tanto sus mandatos como su doctrina deben penetrar en los corazones como si fuera una levadura de la justicia divina” (RB 2,4-5).

El fermento, la levadura, no es la pasta, no es el pan, sino lo que hace fermentar la pasta, que aumenta su volumen y enriquece su calidad. La levadura en la pasta inicia un proceso, que sin embargo sucede en la pasta, en los cereales que la constituyen. San Benito pide al abad el ofrecer siempre una enseñanza que actúe de fermento “en las almas de los discípulos – *in discipulorum mentibus*”. En fin, debe ser una palabra, una doctrina, que promueva un trabajo interior, de crecimiento interior, de conversión de los pensamientos y del corazón. La enseñanza ha de activar en cada uno un proceso meditativo, y también contemplativo, que es un trabajo de la libertad de cada uno. También Dios actúa así con su Palabra y, efectivamente, el abad debe enseñar fundamentalmente con la palabra de Dios, con las Sagradas Escrituras. En un cierto sentido, el buen formador es aquel que deja hablar a Dios, que deja hablar al Verbo de Dios a través de su palabra. La verdadera formación es aquella que nos lleva a escuchar a Cristo.

El formador es aquel que dice en la azotea lo que Jesús le dice al oído (cfr. Mt 10,27), de modo que quien escucha oiga también él a Jesús que le habla al oído del corazón para hacerlo a su vez maestro, evangelizador sobre las azoteas, de un modo u otro, porque todos estamos llamados a evangelizar el mundo, incluso desde el silencio de una clausura.

Pero evangelizamos, damos testimonio de Jesucristo Salvador y Redentor, si le permitimos “hablarnos al oído”, es decir, si le escuchamos nosotros antes, personalmente, en silencio, en diálogo personal con Él.

Esto es a lo que nos invita san Benito desde las primeras palabras de la Regla: “Escucha, hijo, estos preceptos de un maestro, aguza el oído de tu corazón, acoge con gusto esta exhortación de un padre misericordioso (*pii patris*) y ponla en práctica” (Pról. 1).

Nuestro Maestro es un Padre misericordioso, es Dios revelado en Jesucristo que habla al oído de nuestro corazón, de modo que libremente y con alegría (*libenter*), podamos realizar la voluntad de Dios en nuestra vida.

La primera condición para acoger la misericordia de Dios y para vivir en ella es la escucha del corazón. Dios tiene piedad de nuestro corazón (*miser cordia* es una palabra compuesta por *miserere*, tener piedad, y *cor*, corazón) primeramente hablándole, enviando a su Verbo, a su Hijo unigénito, a hablar al mísero corazón del hombre. San Benito nos ayuda, por lo tanto, a comprender enseguida que nuestra conversión, nuestra vuelta al Padre, comienza tendiendo el oído del corazón a la palabra de Dios, a Cristo que nos habla. Y desde ahí se inicia nuestra vocación cristiana y monástica. La vocación comienza allí donde nuestro corazón escucha la voz de Cristo que nos invita a volver al Padre bueno.

San Agustín escribe en las Confesiones: “Oh Señor, continúa en mí tu obra y revélame aquellas páginas (de la Sagrada Escritura). Tu voz es mi alegría; tu voz vale más que todos los placeres juntos. Apaga mi amor: sí, yo amo, y también esto es don tuyo. No abandones tus dones y no desdeñes este hilo de hierba sediento” (*Confesiones* 11,2,3).

Así pues, debemos vivir la formación monástica como un hilo de hierba sediento siempre de la palabra de Dios, de la alegría que nos da solamente la voz del Señor. Porque la misericordia de Dios por nosotros comienza precisamente en el hecho de que Él se dobla hasta la tierra para rociar con su belleza y verdad el hilo de hierba que somos nosotros. Dios no ve la humanidad como un prado inmenso compuesto por millares de hilos de hierba indistintos. Dios es un Padre que ve distintamente cada hilo de hierba y se dobla para hablarles en su Verbo hecho carne.

“Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me lo ha dado el Padre; ninguno conoce al Hijo sino el Padre, y ninguno conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.” (Mt 11,25-27)

Con este asombro, con esta sorpresa, con esta gratitud, es como debemos acoger la Palabra de Dios y todo momento de formación que se nos ofrece. Solo así no seremos distraídos, superficiales, duros de corazón.

Decía que la formación que nos viene de Dios y de la Iglesia se dirige a nuestra libertad. Esto quiere decir que no debe ser una seducción, sino un impulso. La seducción, etimológicamente, significa que quien forma quiere atraer hacia sí: *seducere* significa “conducir hacia sí”. Sucede, y desgraciadamente no raramente, que los superiores y fundadores corren el riesgo de seducir, más que de formar, a sus discípulos, con graves consecuencias para el camino de los discípulos que son como esclavos que primero se someten hasta ahogarse y después se rebelan con violencia.

Con relación a esto, me parece importante meditar un pasaje del Evangelio de Marcos: “Jesús se retiró con sus discípulos hacia el mar, y le siguió una gran muchedumbre de Galilea. También de Judea, de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, de los alrededores de Tiro y Sidón, una gran muchedumbre, al oír lo que hacía, acudió a él. Entonces, a causa de la multitud, dijo a sus discípulos que le prepararan una pequeña barca, para que no le aplastaran. Pues curó a muchos, de suerte que cuantos padecían dolencias se le echaban encima para tocarle” (Mc 3,7-10).

Jesús atraía las multitudes, y habría podido seducir a todos con el poder de sus milagros. Bastaba con tocarlo para ser curados. Y sus discípulos tenían que estar orgullosos de tener un Maestro que tenía tanto éxito. Pero Jesús no agradece este culto casi mágico de su persona. Ciertamente, Él se daba completamente a la multitud, porque eran ovejas perdidas sin pastor de las que sentía compasión. Pero sabe que si de Él se obtienen solo milagros, y milagros simplemente al tocarlo, esto no permitiría una relación libre con Dios, una relación de petición y de gratitud, y, por lo tanto, una relación de amor.

Jesús pide a los discípulos que le preparen una barca. No es para huir de la multitud, sino para poder hablar a la multitud, para poner entre Él y la multitud la distancia necesaria para hablar y ser escuchado. Quiere crear la distancia necesaria para que entre Él y el corazón de cada persona pudiese crearse un espacio de escucha, de atención y, por lo tanto, de libertad, y de responsabilidad ante lo que Jesús daba con su palabra, con el Evangelio que anunciaba.

Así pues, si queremos formarnos con libertad, si queremos verdaderamente ser formados por Cristo en una madurez de decisión, de responsabilidad con respecto a Él y a nosotros mismos, tenemos que aceptar que entre Él y nosotros se cree un espacio de silencio, de escucha, y no pretender de él sentimientos o ventajas inmediatas, milagrosas, devocionales, es decir, sin la libertad de la fe y de la conversión que la fe nos pide, o nos hace pedir a la gracia del Espíritu Santo.

Y quien forma, quien enseña, debe hacerlo preparando esta “barca” que permita a Cristo hablarnos libremente, creando entre nosotros y Él el silencio, la atención, la espera que son como la tierra buena, arada, en la que la semilla de la Palabra de Dios puede profundizar la raíz y dar fruto. Solo así podremos recibir y acoger con humildad y fecundidad el Evangelio de la Misericordia.